

Muchos años después, ya en el siglo XXI, el bisnieto de José Luis Villalba no tenía nada claro si la llegada de su antepasado a La Línea el 20 de julio de 1870 había sido fruto de la casualidad o más bien un guiño del destino. Siempre había oído contar en su casa que aquel día de verano, cuando el bisabuelo cruzaba el cauce seco del Cachón de Jimena, un vendaval de levante, como no, construía enormes columnas con la arena del istmo sobre el que se asentaba aquel poblado. Una arena que se metía por todas partes, hasta por los ojos, y que le hizo llorar. La imponente mole del Peñón parecía un fantasma lejano cubierto de bruma. “¿Quién me habrá mandado cruzar España entera para acabar en este arenal?” En realidad era una pregunta retórica la que este hombre de veintipocos años se hacía. Por su aldea del norte, en la que la falta de tierra para alimentar tantas bocas iba vaciando las casas, pasaron un día unos arrieros que contaron que en la otra punta de España había un castillo en el que gobernaba la reina de Inglaterra. Allí daban trabajo a todo el que llegaba y pagaban, además, unos jornales que ellos no habían visto en ninguno de los cientos de pueblos que habían recorrido. Le faltó tiempo para envolver cuatro cosas en una manta, atarla a su hombro y echar a andar en busca de ese Eldorado.

Sería el mediodía cuando José Luis Villalba arrastraba su cansado paso por la calle Barceló, la principal de ese pueblo que ya había decidido convertir en el suyo propio. Prácticamente era la única calle empedrada en medio del infinito arenal. A esa misma hora, en la escuela pública se estaba constituyendo el primer Ayuntamiento de un nuevo municipio español, La Línea de Gibraltar. Los concejales, designados por la Diputación de Cádiz, elegían a uno de ellos, don Lutgardo López Muñoz, como su primer Alcalde. Al final de la calle, el recién llegado se encontró con una plaza. “Esta es la plaza de Prim”, le dijo un vecino con un fuerte acento andaluz que le impresionó. “Y en ese pedazo de casa viven los oficiales de la guarnición”. Desde luego, el edificio de la que, con el tiempo, se conocería como “la Comandancia” era impresionante. Nada que ver con el puñado de casas de mampostería que hasta el momento había visto, y mucho menos con las innumerables chabolas y barracas con las que se había tropezado por todas partes. Era su primer encuentro con la presencia militar en La Línea y muy pronto descubriría como el Ministerio de la Guerra marcaba el paso del recién nacido pueblo. Pegó la oreja a un grupo de personas que, en alta voz y con grandes gestos, discutían en medio de la plaza. Al parecer, llevaban tiempo quejándose del mal estado y los desniveles que presentaba, siendo como era, además, el inicio del camino de Gibraltar. El que llevaba la voz cantante aseguraba que si el nuevo Ayuntamiento no tenía dinero para hacerlo, él estaba dispuesto, y conocía a otros muchos que también lo estaban, a poner dinero para arreglarla. “Lo que hay que hacer es rellenar de tierra todo este espacio entre los pabellones de los militares y la calle Barceló y compactarla bien. Así quedará una Explanada por la que dará gusto pasear”. Cuando el desconocido recién llegado dijo que vaya idea bonita y que él buscaba trabajo y tenía unos buenos brazos para cargar tierra, todos rieron. Pero le dieron la bienvenida y le tomaron la palabra. Las primeras obras de la Explanada, que tantos cambios de fisonomía y de nombre tendría con el paso de los años, fue así el primer trabajo que tuvo José Luis Villalba. Poco tiempo después, cuando ya había levantado su pequeña barraca en las inmediaciones de la Huerta Fava, empezó a cruzar todos los días la frontera con Gibraltar.

Eran centenares de hijos de La Línea los que todas las mañanas, casi sin luz aún, emprendían el camino del Peñón. Muchos, como él, a trabajar en las incesantes obras del puerto, cada vez más amplio y concurrido. Otros a abastecer a los vecinos de toda clase de productos del mar y de los huertos linenses. Una de esas mañanas conoció por el camino a una pescadera, hija de portugueses. María Pereira se llamaba, y a los diez días de haberse conocido se casaron.

Entre los dos ganaban una buena cantidad de reales que en cualquier otro punto de España les habría bastado para labrarse una modesta casa de ladrillos. Pero La Línea no era cualquier punto de España. Desde 1862 un Real Decreto prohibía la construcción de edificaciones de carácter permanente por mor de las necesidades de la defensa nacional. "Los intereses nacionales", una noble idea que quizás en los despachos de la Corte elevaba las almas, pero que para el pueblo de La Línea se traducía, desde sus orígenes hasta el presente, en dificultades, prohibiciones, atraso, postergación y asfixia económica. Los militares, el Ramo de Guerra como se decía entonces, era el dueño de la mayor parte del suelo, el que decidía sus usos, el que lo cedía fijando unilateralmente las condiciones de la cesión, el que autorizaba a unos pocos privilegiados a levantar casas que merecieran ese nombre. Así, por ejemplo cuando el Ayuntamiento solicitó al Ramo de Guerra terrenos en San Felipe para la construcción de escuelas y establecimientos sanitarios, le fueron concedidos con las obligaciones municipales de:

- Someter el proyecto de obra a la aprobación del Ministerio.
- Permitir la entrada a la autoridad militar en todo tiempo para inspeccionar los edificios.
- Permitir la ocupación militar temporal de terrenos y edificios cuando las circunstancias lo exigieran, sin derecho a indemnización.
- Demoler por su cuenta todo lo construido y evacuar el terreno ocupado en el plazo que se le señale sin derecho a reclamar indemnización alguna, si fuera requerido para ello por Autoridad Militar competente, en caso de exigirlo los intereses de la defensa del territorio.

Pero ellos tenían otras ilusiones. El día del Corpus de 1883 les había nacido un hijo, al que pusieron el mismo nombre del padre. Ese día se inauguraba la soberbia Plaza de Toros con un cartel de lujo: Antonio Carmona "El Gordito", Salvador Sánchez "Frascuero" y Antonio Ortega "El Marinero". Qué mejor forma de celebrar tanta felicidad que en la Velada con los vecinos del Patio de Los Huesos al que se habían trasladado cuando María se quedó embarazada. Y es que desde 1879, La Línea celebraba en La Explanada una Velada durante la víspera, el día del Corpus y el día siguiente. Una Velada que a partir de 1885 se trasladaría al mes de julio y se ampliaría a una semana de duración. Una Velada que fue, desde sus orígenes, la mejor expresión de la vitalidad y el empuje de aquella joven población y que se convirtió en la fiesta más importante de toda la Comarca. Durante esos días linenses y llanitos fortalecían en la diversión y en una misma manera de entender la vida, los lazos económicos y laborales que se habían ido creando entre ellos hasta convertirlos en una única comunidad con dos gobiernos diferentes, algo muy difícil de entender más allá de Campamento.

La Línea crecía vertiginosamente: las calles se urbanizaban, se encendía el alumbrado público, se construía un Mercado de Abastos en el Huerto de los Pajareros que venía a sustituir a los puestos que había en la que se quedó con el nombre de Plaza Vieja, la prohibición de construir casas de mamposterías se derogaba, y proliferaban los patios de vecinos, aunque la masiva llegada de inmigrantes seguía haciendo de la vivienda un problema endémico, por lo que chabolas y barracas nunca terminaban de erradicarse. Cuando el siglo XIX estaba a punto de cerrarse la población superaba los 30.000 habitantes: muchas capitales de provincia ni de lejos llegaban a esa cifra.

Y la familia de José Luis Villalba también prosperaba. A él nunca le faltaba el trabajo en Gibraltar: siempre había alguna gran obra pública en marcha, el puerto, el arsenal, las

baterías... María era un hacha para el comercio a pequeña escala: con los beneficios de los productos de La Línea que vendía en Gibraltar compraba pequeñas cantidades de azúcar, café y tabaco que luego revendía en su pueblo. Gracias a ello pudieron llevar al hijo desde muy pequeño a la escuela de D. Francisco Cabello, en la calle de la Rosa (actual Doctor Villar), en pleno centro, y permitirse algunos caprichos. A María le gustaba especialmente ir al Parque de la Victoria. Entraban por la espléndida puerta que estaba al final de la calle San Pedro (actual Carboneros) y se sentaban en la terraza del café. Desde allí vieron cómo en unos pocos meses se levantaba en 1896 el magnífico Teatro, con más de dos mil localidades que linenses y llanitos abarrotaron desde el primer día. Siempre que podían iban a disfrutar de las mejores compañías de zarzuela españolas que habían hecho de La Línea una escala obligada de todas sus giras.

Mientras, el pequeño José Luis iba creciendo. A su padre, cuando tenía algo de tiempo, le gustaba llevarle a pasear por la playa de Poniente. Allí admiraban el prodigioso espectáculo de la Bahía presidido por el Peñón y en los claros días de poniente, África al alcance de la mano. Y también fueron testigos de tragedias como la de la víspera de su santo de 1891 cuando la playa amaneció cubierta de los cadáveres del carguero italiano "Utopía" que había naufragado la noche antes en el puerto de Gibraltar.

La mar, los temporales, los militares, la frontera: todos estos elementos aparecían como las fuerzas determinantes del futuro de La Línea, pero todas ellas igualmente ajenas a la voluntad de su pueblo, como auténticas fuerzas de la naturaleza. José Luis y María seguían pasando a Gibraltar a ganarse la vida y con ellos unas 20.000 personas diarias entraban y salían por el paso fronterizo. Así fueron testigos de cómo entre 1905 y 1909 los ingleses levantaban una Verja que cortaba el istmo como un cuchillo y en torno a la cual se desarrollarían tantos sucesos amargos de la vida de linenses y gibraltareños.

En esos años, el hijo que ya se había hecho un hombre, después de sus años de escuela que le habían proporcionado una educación muy superior a la media de su época y su posición social y una preciosa caligrafía, empezó a trabajar de escribiente en las oficinas de la naviera Bland, en el puerto de Gibraltar. Su conocimiento del inglés, que hablaba y escribía correctamente, su dominio de la gramática española y su simpatía natural, heredada de sus padres le hicieron pronto imprescindible para su jefe, José Gaggero. Disfrutaba mucho con su trabajo y con el apasionante tráfico del puerto. Allí se hizo amigo de personas de mil orígenes: genoveses, malteses, portugueses, corsos, ingleses, judíos,..., con los que compartía una filosofía muy básica: vive y deja vivir. Uno de ellos, un cochero maltés llamado Giovanni Zamit, era el padre de una hermosa muchacha de nombre Clara y a la que pretendió con éxito. El 3 de julio de 1913, el mismo día que Alfonso XIII concedía a La Línea el título de ciudad, el padre Juan Rodríguez Cantizano los casaba en la Parroquia de la Inmaculada, cuyo embellecimiento crecía a ojos vista, fruto del tesón de su párroco. Nueve meses después, otro José Luis Villalba, en medio de un tremendo temporal de Levante que anegó La Línea, venía al mundo.

También la política, como las mercancías, fluía a ambos lados de la frontera. Desde Gibraltar llegaban las ideas liberales y masónicas que harían de La Línea el lugar de España con más logias por metro cuadrado. La enorme masa de trabajadores hizo que también floreciera el asociacionismo obrero, y se propagara el anarcosindicalismo. José Luis y María se habían apuntado al "Centro Obrero de Oficios Varios", que tenía su sede en la calle San Felipe, en pleno barrio de los portugueses, donde María había pasado su infancia y primera juventud. Más de 6.000 linenses llegaron a pertenecer a este Centro,

donde la formación y la mutua ayuda jugaron un papel destacado. Junto con muchos de sus compañeros vivieron, en octubre de 1902, las dramáticas jornadas que se conocerían como "los sucesos de las Pedreras". En estas canteras situadas a los pies de Sierra Carbonera se reunieron miles de personas en protesta por el cierre de todos los centros obreros de Andalucía. El gobierno envió a la Guardia Civil para disolver la gigantesca asamblea, iniciándose una auténtica batalla campal que terminó trasladándose al centro de la ciudad. Los más exaltados intentaron asaltar e incendiar la farmacia y la casa del alcalde Fariñas, en la calle del Teatro. Varios muertos y numerosos heridos fueron el saldo de tan triste episodio.

El verano de 1915 se presentaba prometedor. Desde la víspera de san Juan hasta los primeros días de julio no había dejado de soplar una suave brisa de poniente que propiciaba luminosos días, templadas noches y una mar en calma. Ese año se completaba el ansiado traslado de toda la Velada al Huerto de Pedro Vejer, comprado por el Ayuntamiento en 1896, pero que hasta entonces no había podido costear su definitivo acondicionamiento. El primer domingo de feria toda la familia se acicalaba para disfrutar de la fiesta. Hacía 45 años que José Luis Villalba había llegado a La Línea y pensaba en cómo todos sus sueños de juventud se habían realizado. Aún no había cumplido los sesenta y se encontraba lleno de fuerza y de ganas de seguir trabajando por su familia y su pueblo. Entonces fue cuando el corazón se le paró y cayó fulminado al suelo. Una multitud de amigos, linenses y gibraltareños, le acompañó hasta el nuevo cementerio de San José, en el Zabal, que había sido inaugurado en mayo de 1906. Tanto era el cariño que le tenían que fueron muchos los que siguieron al coche fúnebre hasta tan aislado lugar, pues la costumbre era despedir al duelo al final de la calle del Ángel.

La viuda se fue a vivir con su hijo, su nuera y su nieto a la casa que habían alquilado hacia la mitad de la calle Clavel, en un hermoso patio de pocos vecinos, con pozo y pavimentado con losas de Tarifa, y una fachada cubierta de azulejos rectangulares blancos y marrones. Su hijo le insistía mucho en que dejara de ir y venir a Gibraltar, pero María no renunciaba a su identidad de mujer libre y emprendedora, aunque con el paso de los años fue espaciando cada vez más sus paseos al Peñón. Le gustaba mucho ir con algunas amigas a los espectáculos que se ofrecían en el Teatro Cómico, construido en 1918 por don Bartolomé Lima en la calle Real. Clara "la Maltesa", como la llamaban sus vecinas, se ocupaba de criar al hijo. Iba a diario a llevarlo a la escuela de don Antonio Losada, en la calle Las Flores. Tenían planes para él: querían mandarlo interno a hacer el bachillerato a los jesuitas de El Palo, y si las cosas seguían yendo bien sería el primero de la familia en estudiar una carrera.

La Línea seguía creciendo sin parar. En 1920 superó los 60.000 habitantes censados y quién sabe cuántos miles de transeúntes. Símbolo de ese crecimiento era la nueva sede del Ayuntamiento que se inauguraba el día de la Virgen del Carmen de 1922. La "Villa San José" era un edificio señorial, rodeado de unos preciosos jardines que los herederos de don Jerónimo Saccone habían vendido al municipio por 425.000 pesetas. Llegaban gentes de todas partes de España y de Europa, y la ciudad se extendía por todas partes, pero siempre con la espada de Damocles de las servidumbres militares y la política del Gobierno con Gibraltar. Al caer la tarde del 6 de marzo de 1928, cuando la cotidiana y enorme marea de trabajadores volvía a La Línea, no se sabe si con instrucciones de la errática superioridad o por iniciativa propia, los carabineros de la Aduana comenzaron a requisar la leche condensada, el azúcar, el chocolate o el café que llevaban a sus casas. La indignación se apoderó de la masa y empezaron los gritos, los empujones, las pedradas y

finalmente los disparos de la fuerza pública. Sobre el suelo quedaron dos muertos, uno de ellos un niño de 10 años, y decenas de heridos. La abuela María Pereira se murió esa noche y las vecinas decían que había sido de la pena. El pueblo de La Línea, encabezado por el alcalde Viñas, cerró filas en torno a los trabajadores de Gibraltar y se conjuró en defensa de su derecho a existir. Por primera vez una comisión municipal que pretendía ser la voz unida de todos viajó a Madrid y fue recibida por el dictador Primo de Rivera. Se trajeron de vuelta una autorización para que los trabajadores de Gibraltar pudieran traer para sus casas determinados artículos de primera necesidad libres de impuestos. Menos da una piedra, dijeron al volver.

El joven José Luis había terminado brillantemente el Bachillerato en los jesuitas de El Palo y le faltaba muy poco para acabar sus estudios en la Escuela Normal de Magisterio de Málaga. El 12 de abril cumplía 18 años y como también había elecciones municipales se fue a su pueblo a celebrar su día y a ver qué pasaba. Acompañó a su padre a votar, por la libertad, le había dicho, y cuando supieron que en La Línea había triunfado la candidatura republicana se echaron a la calle con varios miles de vecinos más a celebrarlo. En la euforia de aquel día le otorgaron el título que aún no tenía y empezaron a llamarle "El Maestro", el nombre que le acompañaría hasta la tumba. Como toda España, La Línea también había puesto grandes esperanzas en el cambio de régimen. La última época había sido mala para el pueblo. La población había caído en 1930 a 35.000 habitantes. El fin de la I Guerra Mundial había provocado una importante caída de los puestos de trabajo en Gibraltar, y las restricciones en los pases, la errática política fronteriza de los gobiernos españoles y la crisis económica mundial se conjugaron para que La Línea dejara de ser un polo de atracción de emigrantes y empezara, por primera vez en su historia, a lanzar gente afuera.

Pero había cientos y cientos de niños y, a pesar de la apuesta de la República por la enseñanza estatal, la falta de recursos económicos provocaba un terrible déficit de escuelas públicas. De los cuatro grupos escolares que empezaron a proyectarse en 1921, no fue hasta 1935 cuando se entregaron dos de ellos, los de las calles Jardines y Buenos Aires. En este último se colocó "El Maestro", aunque ya hacía unos años que había abierto su propia escuela particular en el patio de la calle Clavel, escuela que mantendría por las tardes y los veranos, porque el sueldo de un maestro público nunca dio para mucho.

Apenas veía a sus padres, que pasaban todo el día en Gibraltar y sólo volvían a la casa a dormir. A José Luis no le gustaba cómo se estaban poniendo las cosas. Nunca ocultó sus simpatías republicanas y aunque rara vez hablaba de política, había votado en febrero por el Frente Popular: él era mucho de don Manuel Azaña. Pero el sábado 18 de julio de 1936 sí se quedaron en La Línea porque era el primer sábado de feria y querían disfrutar de su fiesta favorita con los amigos de los dos lados de la Verja. Aunque el ambiente estaba enrarecido, las ganas de divertirse podían con todo. Tanto es así que aunque al mediodía todos estaban al corriente de que el Ejército de África se había sublevado contra el gobierno del Frente Popular y que esa mañana la Guardia Civil había tomado los puntos estratégicos de Algeciras, como la guarnición del cuartel de Ballesteros permanecía en calma, al caer la tarde el Paseo de la Velada estaba hasta arriba, como todos los años de linenses y llanitos. Pero José Luis no estaba tranquilo. A eso de las 11 de la noche él y su mujer cogieron el camino de Gibraltar y pidieron a los Gaggero que los acogieran. A medianoche se cerró la Verja, mucho antes de lo acostumbrado en los días de feria y muchos llanitos se quedaron de este lado.

La mañana del domingo se despertó con el bombardeo del cañonero Dato, que había escoltado el desembarco del II Tabor de Regulares de Ceuta en Algeciras, sobre el cuartel de Ballesteros para dejar claro a la guarnición que no debían intentar nada contra el golpe militar. Por la tarde, los Regulares ceutíes tomaban La Línea y se inicia una dura represión. Muchos linenses se refugiaron en Gibraltar. Otros muchos fueron encarcelados y otros fueron llevados sin contemplaciones a los muros del cementerio de San José y fusilados. El miedo, el odio y la venganza se enseñorearon de La Línea, como de toda España, que quedó cubierta de sangre.

Cuando José Luis y "La Maltesa" volvieron después del verano a su casa de la calle del Clavel sabían que la encontrarían vacía. A los pocos días del 18 de julio "El Maestro" había sido movilizadado con toda su quinta. Nadie le había preguntado por sus ideas y tampoco él tenía demasiado interés en contarlas: no se creía ningún héroe. Era la hora de la supervivencia. Como a tantos miles de españoles le dieron el uniforme y el fusil del bando en el que el destino le había colocado y le mandaron al frente de Málaga. Tras la ocupación de esta ciudad su batallón fue enviado al frente de Peñarroya donde permaneció hasta el final de la Guerra Civil. Allí tuvo oportunidad de conocer a una cura singular al que años después reencontraría en la Parroquia de la Atunara, el Padre Justo, que entonces ejercía como alférez médico de un tercio de los requetés.

En La Línea, sus padres pasaron esos tres años con el corazón encogido, rodeados de banderas al viento, himnos patrióticos, desfiles en la Explanada y brazos en alto. "El Maestro" volvió en las Pascuas de 1939, y después de Reyes volvió al Grupo Escolar "Buenos Aires" y reabrió su escuela particular en la calle Clavel. Había empezado la II Guerra Mundial y cuando en 1940 los militares empezaron a construir una densa red de fortines en torno a Gibraltar todos pensaron que Franco iba a meter a España en la guerra. Pero, de entrada, a quien les cambió la vida esta Guerra fue a los vecinos. En torno a unos 16.700 gibraltareños fueron evacuados a Jamaica, Madeira, el Norte de Irlanda y Londres a partir de mayo de 1940.

Sus padres, que ya se acercaban a los sesenta años, habían vuelta a la rutina de su vida en Gibraltar, pero con una gran novedad. Tantos años de trabajo y de ahorro les había dado para hacerse con uno de los sueños de su vida una motocicleta Norton con un espléndido sidecar: ahora el viaje al Peñón lo hacían en un suspiro y algunos domingos se aventuraban más allá de Campamento o de la Carretera del Higuérón a echar el día en alguna de las ventas de los alrededores. Sólo les quedaba otro sueño por cumplir que su hijo se casara y les llenara el patio de nietos. "El Maestro" le hablaba a una niña de la calle Real, de ojos azules y pelo ensortijado. Se llamaba Carmen y pertenecía a una extensa familia que había venido de Jimena de la Frontera hacía ya muchas décadas. Pusieron fecha a la boda para después de la Feria de 1941, la primera que iba a celebrar La Línea desde 1936 y que iba a contar con un cartel de lujo: Vicente Becerra, Belmonte y Pepe Luis Vázquez. José Luis y "La Maltesa" estaban encantados con la boda. Llevaban varios días disfrutando de las noches de poniente hasta bien entrada la madrugada. En la ciudad había un gran ambiente ante la inminente recuperación de su feria, "la Salvaora", como la llamaban los feriantes que en ella recuperaban sobradamente las pérdidas que otras más modestas les ocasionaban. En la madrugada del 11 al 12 de julio volvían para su casa por la calle Duque de Tetuán. Se oyó el ruido de un avión, algo a lo que ya estaban acostumbrados e inmediatamente una gran explosión. Después se supo, aunque las autoridades no quisieron dar mucha información, que un avión italiano que iba a bombardear Gibraltar había dejado caer sus bombas sobre la indefensa población linense.

La tragedia fue enorme y el dolor indescriptible. Varios muertos, numerosos heridos, varias casas destruidas y el miedo permanente al ruido de los motores de un avión fue el saldo de aquel suceso. "El Maestro" y Carmen se casaron de luto. José Luis y "La Maltesa" no pudieron conocer al nieto que se hizo de rogar, pues Pepito no nació hasta 1950.

Los años 40 y 50, años de miseria y privaciones en muchos puntos de España, vieron en La Línea una nueva etapa de crecimiento, fruto de la demanda gibraltareña de mano de obra. En 1954 la población alcanzó su máxima cota histórica, más de 70.000 habitantes, pero con la nutrida población flotante es posible que llegara a los 100.000. El desabastecimiento general de España contrastaba con la presencia en muchos hogares de La Línea de productos como la mantequilla, la leche condensada, el café o el azúcar. Algunos quisieron extender la imagen de contrabandistas sobre el pueblo de La Línea, pero lo cierto era que las grandes fortunas que el estraperlo de los artículos de lujo generó en la España de la época, siempre fueron ajenas al entorno linense. Pero no nos engañemos, el que hubiera trabajo no paliaba la tradicional situación de abandono de La Línea: la falta de viviendas dignas seguía sin resolverse, el déficit de servicios públicos no se corregía y la errática política del Gobierno respecto con Gibraltar y la Verja seguía constante. Daba igual la Monarquía, la República o Franco: las decisiones esenciales que afectaban al pueblo de La Línea se tomaban fuera, sin consultar a los afectados y sin compensar los daños que esas decisiones, tomadas en aras de un supuesto interés nacional, provocaba en la ciudad.

Las vidas del "Maestro" y de Carmen discurrían con tranquilidad. Con frecuencia pasaban a Gibraltar con su hijo a visitar a los viejos amigos de su padre, los Gaggero, los Baglietto, los García, los Almeida o los Beatty. o a la numerosa familia de su madre que vivían al otro lado de la Verja. Otras veces eran los malteses los que iban al patio de la calle Clavel: por supuesto, no perdonaban ni una feria. Los encuentros con los llanitos eran una fiesta para Pepito. Normalmente disponía de unas pocas perras gordas para surtirse, de tarde en tarde, de chingas, liquirvás o rolipós en el carrillo de la esquina de la calle Águila con Clavel. Pero los titos y los primos de Gibraltar le cubrían literalmente de smarties, jellibabys, toffees de McIntosh y chocolates Cadbury en cada visita. El bisnieto del primer José Luis Villalba era un niño despierto y sociable. Le apuntaron a los parvulitos del Colegio de las Monjas y después pasó al nuevo Colegio de los Salesianos. Sacaba buenas notas, pero más que estudiar lo que le gustaba era recorrerse La Línea de una punta a otra y meterse por todas partes. Pasaba muchas horas en la relojería de Momo, enfrente de su casa, que tenía pasión por el chiquillo, al que asombraba con la enorme lupa que se colocaba en el ojo, como un cíclope. O de charla con el betunero del Yoki, un gitano que le animaba a que se hiciera torero. Pero cuando mejor se lo pasaba era en los largos días de los interminables veranos, o al menos a él así se lo parecían. Las mañanas en el balneario de la playa de poniente, con las incursiones furtivas en las aguas del Campo Neutral para coger almejas hasta que la pareja de la Guardia Civil, a voces desde la orilla, los echaba. Y las tardes con los amigos, jugando en la Plaza Vieja, en el Paseíto Chacón o en el Paseíto Fariñas. Precisamente allí fue donde aprendió a montar en bicicleta, por supuesto la de un amigo cuyo padre trabajaba en Gibraltar.

"El Maestro" disfrutaba mucho con la tertulia que tenía por las tardes en el Bar "Alcoba", en la Explanada. Allí acudían gentes muy diversas como don Ángel Iglesias, un médico de Vitoria que había elegido La Línea para vivir y era muy querido por la gente, o don Benigno Espinosa, todo un caballero, o el coronel Picatoste, el cirunspecto delegado de fronteras, o aquel Padre Justo que había conocido en el frente de Peñarroya y que ahora

estaba de cura en la Atunara. Casi todos ellos habían hecho la guerra, por supuesto en el bando "nacional", unos por convicciones y otros, como "el Maestro" por caprichos del destino. Pero todos ejercían en la tertulia la más absoluta libertad de pensamiento y de expresión. Y hablaban de todo, hasta de política, sobre todo de los problemas de La Línea y Gibraltar, y criticaban a Franco cada vez que les parecía oportuno.

El más beligerante con el gobierno era el Padre Justo. Aunque salvaba a Franco (si bien todos creían que con la boca chica), pensaba que lo que hacían con La Línea era una canallada. "Todo lo que es justo y necesario para La Línea se retrasa una y otra vez, pero todo lo que nos hace daño se ejecuta a la velocidad del rayo", clamaba el Padre Justo. "¿Qué os parece el espectáculo que vemos aquí todas las tardes, desde nuestra mesa de café? A los trabajadores de Gibraltar se les impide llevar consigo hasta la fruta fresca para el almuerzo y a la vuelta se les prohíbe traer hasta lo más mínimo, reventados de trabajar desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde, soportando colas y registros, con frío o calor, con lluvia o viento. ¿Qué culpa tiene La Línea de que la hayan dejado crecer exuberantemente para ahora asfixiarla sin compasión? Esto no es cristiano", volvía a bramar. Todos asentían y "El Maestro" se acordaba de sus abuelos, de sus padres y de tantos hijos de La Línea que se habían dejado la piel en busca de un futuro mejor. Un día, cuando había acabado la feria de 1954, el Padre Justo anunció a todos: "Ya estoy hasta las narices, le voy a escribir una carta al Caudillo para que se entere de primera mano de lo que pasa aquí. A mí me va a escuchar." Y vaya que le escuchó: poco después el Padre Justo era desterrado de La Línea.

Al empezar los años 60, el runrún de que algo iba a pasar con Gibraltar se iba haciendo cada vez más fuerte. Nadie sabía a ciencia cierta qué, porque nadie preguntaba al pueblo de La Línea su opinión. Los permisos de trabajo en Gibraltar se habían ido retirando y en 1969 apenas eran 5.000. Pero la vida del pueblo seguía girando en torno a la Verja. El 8 de junio de ese año, la Verja se cerró a las 10 y media de la noche y así se quedó hasta el 15 de diciembre de 1982.

Después se cortaron las comunicaciones telefónicas y telegráficas. "El Maestro" era uno que periódicamente iba a la Focona a ver de lejos y hablar a gritos con sus parientes de Gibraltar. El paro se cebó en el pueblo y La Línea entró en una profunda depresión de la que supo reponerse poco a poco: su vitalidad podía con todo. Las promesas de planes de desarrollo y creación de empresas quedaban alicortas al aterrizar: precisamente las empresas más cercanas a La Línea fueron las que más pronto cerraron. Las promesas de trabajo para todos los afectados por el cierre de la Verja se las llevó el viento: sólo quedó de ello un puñado de celadores repartidos por todos los hospitales de España. Ese mismo año, después del verano, el último José Luis Villalba, al que sus padres seguían llamando Pepito, empezaba la carrera de Medicina en la Facultad de Cádiz.

Todos estos recuerdos se agolpaban en la cabeza del doctor Villalba en la segunda década del siglo XXI, además de la muerte de sus padres, la vuelta de la democracia, la reapertura de la Verja y la impresionante transformación de su pueblo en las últimas décadas, mientras se arreglaba para un acto importante. Había quedado con un viejo amigo, un antiguo ministro principal de la Roca con el que compartía la misma afición a la pesca en el Estrecho, para un acto especialmente solemne. El rey Felipe VI venía al Ayuntamiento a sancionar y promulgar una Ley aprobada por unanimidad en las Cortes Generales. Una Ley que ponía en vigor el Régimen Económico Especial para La Línea y que reconocía la deuda histórica que España tenía con ese pueblo que en el lejano siglo



XIX se había fundado en un arenal, a la sombra del Peñón.

Querida alcaldesa, querido concejales, queridos conciudadanos. No creo que sea preciso explicar que con esta modesta historia he querido rendir homenaje a tantos hijos de La Línea que a lo largo del siglo largo de existencia de nuestra bendita ciudad han dejado lo mejor de sí por su progreso, luchando contra todas las adversidades y dificultades que se le han ido poniendo por el camino. Y espero también que séais condescendientes conmigo por elegir para sus protagonistas el nombre de dos de estos hijos que honestamente creo que están entre los que más se han distinguido por su dedicación a la comunidad, y que el destino ha querido que se hayan ido en el mismo año, uno por un brutal hachazo en la flor de la vida y otro después de una vida larga y plenamente cumplida. Me estoy refiriendo a mi hermano del alma, Juan Carlos Villalba y a mi propio padre José Luis Villar. A través de ellos quiero recordar y enviar mi cariño, que estoy seguro que es el de toda la Corporación, a las familias a todos los linenses que se han ido desde el 20 de julio del pasado año hasta el día de hoy. Seguro que en estos días de nuestra gran feria todos habrán recordado tantos buenos momentos vividos en el real del Huerto o en el de la Ciudad Deportiva.

Pero además del recuerdo personal y emocionado quiero, en la memoria de ellos dos, concejales en varias corporaciones democráticas, reivindicar algunos de sus valores, valores que estoy seguro todos compartimos y que, por tanto, debemos hacerlos realidad.

Me refiero al valor del acuerdo, del diálogo, del consenso, del saber y querer anteponer a las legítimas aspiraciones de cada grupo la aspiración colectiva de una ciudad que se siente injustamente tratada a lo largo de la historia y que quiere que esa deuda se salde.

Me refiero al valor del compromiso político, porque en unos momentos de descrédito de la política, ellos, como otros muchos cientos de políticos anónimos en tantos pueblos de España, demostraron con su ejemplo que pocas cosas más nobles puede haber en la vida que dedicarla al servicio de la comunidad, porque en definitiva eso es la política desde que hace más de 2000 años los griegos le dieron ese nombre.

Me refiero, finalmente, al valor de la ética y de la honradez en la política, porque en unos momentos de continuos escándalos, ellos, como otros muchos cientos de políticos anónimos en tantos pueblos de España, demostraron con su ejemplo que se puede entrar en la política con las manos limpias y se puede salir de ella con las manos más limpias aún.

A esa tarea os convoco, queridos compañeros de Corporación, queridos convecinos.

Por La Línea, siempre por La Línea.

Muchas gracias.